

Patriota de nacimiento



SERAFÍN SÁNCHEZ VALDIVIA

Idá a Ibor City, población manufacturera creada por cubanos emigrados, correspondiente y cercana a la naciente ciudad de Tampa, y allí, en el gran taller de tabacos del señor Martínez Ibor, ó por las calles, ó en su limpio hogar al lado de su modesta familia, encontraréis á un hombre inválido que se apoya para caminar en sus muletas. Ese hombre tiene su historia, historia heroica que envidiarían miles de sus conciudadanos que en su infelice patria no alcanzan más grandeza que la poca y mezquina que se cría en la infatuada soberbia colonial. Allí lo veréis siempre triste, lánguido el rostro, la mirada profundamente ensimismada por el pesar interno, por el dolor constante, por la patria ausente y esclava, y por el torcedor, de los recuerdos de gloriosos días pasados. Se sienta diariamente á la mesa del taller donde trabaja y medita; trabaja para sí y para los suyos, sin gravar á nadie, y medita, porque el pensamiento sirve de consuelo cuando se alimenta como el de él, de los recuerdos de grandes días y de grandes cosas. Y quien lo viese pasar por esas calles y no lo conozca, indiferente, triste, pensativo, apoyado en su gloriosa muleta, lo creería un desgraciado pordiosero; ese es el exterior que engaña, y que no deja descubrir el fondo misterioso y oculto de un corazón bravo y de un alma heroica y abnegada. Eso es común, y se ve todos los días en la superficie de la sociedad y de las cosas; y el mundo vano y frívolo no acierta en su miopía de á distinguir entre lo que debiera reverenciar como su propia gloria y lo que debiera maldecir y execrar como ignominioso y vil; pero el héroe de la gloria y del sacrificio llenó lo mejor que pudo sus deberes para con la patria, y cumplidos aquéllos más allá de los límites de lo humanamente posible, volvió silencioso y casi exánime de la larga y sangrienta refriega de patriotismo al seno ingrato de la sociedad, que desagradecida y degenerada no lo vió siquiera, ni supo por su honra estimarlo, ni por su gloria supo acoger á ese hijo legítimo de su grandeza histórica. El, el heroico glorioso de la honra patria, se conformó con el desvío de los suyos, los vió pequeños, ingratos, frívolos, y los compadeció volviéndoles la espalda, y huyó de Cuba...

Francisco Lufriu nació en la Habana el 17 de octubre del año de 1847 de una familia honrada y conocida. A los dieciséis años salió del colegio para cursar Medicina en la Universidad, pero habiendo fracasado en ese empeño por causas imprevistas y accidentales, se colocó de dependiente en la casa de comercio de Samá, Sotolongo y Ca., en cuyo destino, que era el de segundo tenedor de libros, estuvo hasta el año de 1868, en que lo abandonó para tomar parte en la Revolución que acababa de estallar en Oriente. Pronto se inició en los trabajos revolucionarios que hacían en la Habana, siendo destinado á servir á las órdenes del conocido conspirador y distinguido patriota Agustín Santa Rosa, tomando parte en el movimiento de la Quinta de Cintra, en Luyanó, (barrio de la Habana), que fracasó, y en el que salvó, corriendo gran riesgo, un número de fusiles y pertrechos de guerra que llevaba á depositar á casa del buen patriota cubano Esteban Pursía. Más tarde, marchó á Vuelta Abajo con el referido Santa Rosa, en compañía de trece más, que componían el grupo aquel de conjurados contra España. Al llegar á Candelaria, uno de los del grupo, de apellido Molina, oyó decir á Lufriu, dirigiéndose á Santa Rosa: —“¿Qué hacemos? Vamos á empezar: allí está una pareja de guardias civiles; tendremos dos

Postrado en medio de la manigua “sin más entretenimiento que el que me ofrecían los caguayos con sus libidinosas escenas y las auras que se posaban en mi rancho dispuestas á atacarme, creyéndome algunas veces muerto y otras esperando”, Francisco Lufriu y Arregui jamás transigió con la idea de entregarse al enemigo o claudicar frente al acoso de las circunstancias

armas, y además le quitaremos á la fuerza al guarda-almacén el depósito que nos ha negado, damos el giro y enarbolamos la bandera cubana”, y se escondió Molina, regresando á la Habana en un tren de carga. Santa Rosa no hizo caso de la proposición de Lufriu que éste acababa de hacerle, é inmediatamente marchó con los doce compañeros, desarmados, que le quedaban, hacia las lomas de Cabañas, incorporándoseles tan solo un hombre en aquella marcha Julio Bigoa, que los internó en las lomas y los colocó en un lugar que consideró seguro cerca de un manantial de rica agua. Allí se acampó Santa Rosa y los suyos, y Bigoa, con algún dinero que le dieron, se separó en busca de víveres. En ese lugar permanecieron cuatro días, alimentándose con agua solamente, al término de los cuales, y viendo que Bigoa no retornaba, Santa Rosa ordenó la marcha que emprendieron por aquellos derriscaderos con mucho trabajo y fatiga, y sin práctico, calzados con botines de tacón al uso de la Habana y con sus levitas colocadas ó echadas sobre el hombro, escualidos y desfallecidos por el hambre, (brusca transición de una vida regalada á marchas á pie, forzadas y faltos de alimentos, que produjo en ellos un efecto terrible, convirtiéndolos en semi-cadáveres) Lufriu y sus compañeros, ya en el último trance de la vida á la muerte, fueron alcanzados y hechos prisioneros por los españoles allí presos en bartolina hasta fines de noviembre, que los trasladaron al Morro de la Habana. Fueron juzgados y sentenciados á muerte; más en esos días relevó el general Dulce á Lersundi en el mando de la Isla, y fueron amnistiados. Lufriu retornó al seno de su familia, que residía de temporada en el pueblo de El Calabazar, y allí bien pronto tomó parte en un nuevo movimiento que había de tener lugar, capitaneado por el cura del lugar, señor Sal y Lima, cuyo plan fué descubierto y preso el citado sacerdote, enviado poco después á Fernando Póo. Lufriu escapó milagrosamente á la persecución que se le hacía gracias á la influencia de su familia, y el día 3 de abril de 1869 pudo embarcarse con rumbo á Nassau. Júzguese por lo dicho del patriotismo tenaz y esforzado de nuestro héroe, que habiendo fracasado en sus repetidas tentativas revolucionarias cuando sólo contaba de veinte a veintinueve años de edad, no fueron esas desgracias ni los grandes peligros de muerte que corriera parte á desalentarlo ni á detenerlo en sus patrióticos empeños; empeños nobles que entonces demostró con su ejemplar conducta de cubano independiente y, que después, en el dilatado curso de diez años, ratificó y selló con su sangre y con su martirio continuado y doloroso, allí donde tanto sufrió la heroica generación cubana que tomó á su cargo la dignificación de la patria escarnecida y deshonrada por los déspotas extranjeros que aún la oprimen todavía. Pero tales rasgos de valor patriótico no nos admiran en hombres del temple de alma de Francisco Lufriu, porque él es patriota de nacimiento, así como lo es de nacimiento para la poesía el poeta, y el artista para las artes de su natural afición. Al llegar á Nassau se alistó en la expedición armada que en esa Isla preparaba el coronel cubano Rafael Quesada con destino á Cuba en el vapor “Salvador”. Esa expedición, compuesta de ciento treinticinco hombres, rifles y pertrechos de guerra, dejó a Nassau el 11 de mayo de 1860, y desembarcó tres días después, el 14, en “Nuevas Grandes”, cerca de Nuevitas, sin novedad alguna. Desde ese momento comienza para Lufriu el bautismo de penas y calamidades sin cuento de que está lujosamente adornado el sagrado libro de la Revolución cubana. El siguió la suerte de aquella, que tuvo sus estremecimientos de agonía, sus grandezas y sus miserias, pero que al fin sus héroes y sus mártires la consagraron y elevaron por el sacrificio á la altura envidiable y magna de la epopeya.



Ilustración perteneciente a la serie *Héroes humildes*, de José A. Rodríguez

En seguida se incorporó á fuerzas cubanas que operaban en el Camagüey, y con ellas estuvo y peleó en todas partes. Un mes después de haberse incorporado á la Revolución quedó descalzo, y descalzo permaneció cuatro años... pero entonces, en aquellos tiempos de patriotismo heroico y santo, andar descalzo era el mejor título con que se hombreadan los cubanos de la guerra por la independencia. A los cuatro años, en 1873, obtuvo el primer par de zapatos que le diera la Revolución en pago de sus buenos servicios como capitán-ayudante é instructor en las fuerzas de las Villas, esto por orden expresa del general Agramonte. Entre otros combates de importancia á que asistió en el período que nos ocupa —1869 a 1873— se cuenta el muy glorioso de Sabanas Nuevas, en Camagüey, donde las fuerzas cubanas se apoderaron á sangre y fuego de ese campamento español, haciendo prisionera toda su numerosa guarnición de tropas de línea, siendo herido allí levemente y padeciendo, no obstante, mucho de esa herida á consecuencia de una úlcera tenaz y grave que sobre la misma se le formó. Esa úlcera rebelde que le careó el hueso de la tibia, le fué operada después de la guerra, en 1879, por médicos cubanos, hallándose ya en el seno de su familia, y sufriendo grandes y agudos dolores á causa de aquella operación. Lufriu sirvió casi todo el tiempo de la guerra en las fuerzas villareñas, sin separarse de ellas ni una vez siquiera, por lo que puede colegirse cuánto sufriría su débil naturaleza física en aquellos memorables tiempos, que corresponden á los años de 71 y 72, en que la Revolución, perdida en las Villas, perseguida y aniquilada en Camagüey, parecía que tocaba á su término, y con ella nosotros, que habíamos resuelto perecer envueltos en sus ruinas antes que someternos al implacable enemigo de nuestras libertades patrias. Aquella persecución constante del enemigo, aquella escasez absoluta de recursos de guerra para defendernos, la desnudez, el hambre, las enfermedades, el desamparo, el aislamiento, la traición que nos rodeaba por todas partes y la muerte que diezmaba a diario nuestras filas, sólo nos dejaban si no la esperanza del triunfo, que parecía imposible, al menos la firme resolución de vivir libres ó morir honrados. A ese precio nos salvamos y salvamos la Revolución, que corría inevitablemente á su ruina, después de cuatro años de existir y de combatir heroicamente. Lo poco del Camagüey que quedó en pie, y el resto de la gran hueste villareña que sobrevivía á los desastres

de aquel período álgido de la guerra lograron al fin tras supremo y desusado esfuerzo, sacar á flote la Revolución de los bordes del abismo en que amenazaba sepultarse de una vez y para siempre, quizás. Pero la fé de todos en aquel trance doloroso del patriotismo, y el gran caudillo camagüeyano que, soberbio y erecto, supo desde su corcel de guerra encararse á la derrota y desafiarla hasta uncirla y encadenarla á su pujante brazo, vencieron por último, y la reacción, lenta pero segura, se manifestó en el Camagüey, para dar principio á una nueva era de triunfos y proezas que han inmortalizado la historia de aquella lucha sin igual y única en los fastos del gran libro de la emancipación americana. Lufriu fué del número de esos hombres contra quienes la adversidad no pudo nada, y que se engrandecieron á fuerza de miserias y dolores que aquilataron el temple fornido de sus almas abnegadas... ¡Gloria eterna á tales hombres! En 1873, después de la aciaga y nunca bien sentida muerte del general Agramonte, asistió Lufriu al ataque y toma del pueblo de Santa Cruz del Sur, dirigido por el invicto general Máximo Gómez, y allí fué herido de gravedad. Antes de pasar adelante debemos consignar para ser exactos, en la sentida biografía que nos ocupa, que en el año de 1870 Lufriu, en la fuerza de Sancti Spiritus, y con el carácter de capitán, hizo á las órdenes del coronel Payán parte de aquella gloriosa campaña, que fué el más hermoso timbre de merecida fama con que puede hombrearse el nombre de aquel experto jefe. Cuando en 1871 las fuerzas de las Villas peregrinaron hasta Oriente, nuestro “héroe humilde” marchó con ellas al lado de Payán, que las mandaba. Entonces el Gobierno de la República le reconoció oficialmente su grado de capitán.

De regreso las citadas fuerzas al Camagüey, Lufriu, que se ocupaba en darles instrucción militar á las mismas, tuvo que pasar por orden del general Agramonte á su Estado Mayor para escribir en él las hojas de servicios de la oficialidad del Camagüey y de las Villas, que debían de ser certificadas y elevadas á la Secretaría de la Guerra por dicho general. Sus condiciones de carácter, su competencia en los delicados y asiduos trabajos de oficina, su buena letra y buena ortografía, su sencilla y jovial docilidad para con todo el mundo, abnegado, disciplinado, celoso en el cumplimiento de todas sus obligaciones patrióticas bien pronto le ganaron el buen afecto y distinguidas consideraciones del general Agramonte. Por otra parte, su hoja de